



LA ELECCIÓN DE CHIPO

Chipo tiene diez años de edad y vive en el sur de Zambia. [*Localice a Zambia en el mapa.*] Sus padres no eran religiosos y por tanto no asistían a la iglesia, pero cuando sus vecinos la invitaron para que los acompañara a la iglesia, ella fue con ellos. Le encantaba aprender acerca de Dios e iba a la iglesia cuando podía.

Pero cuando el padre de Chipo supo que estaba asistiendo a la iglesia adventista, se enojó y le advirtió que no fuera más o la castigaría. Chipo quería ir a la iglesia para aprender más de Dios, por lo tanto, cuando su padre no estaba en la casa, iba a la iglesia con los vecinos. Pero el padre supo que había ido a la iglesia, y la castigó severamente.

Sin embargo, el castigo de su padre no hizo que la niña dejara de asistir a la iglesia, porque había aprendido que Jesús la amaba. Casi cada semana su padre se daba cuenta que la niña había ido a la iglesia, y la volvía a castigar.

DATOS DE INTERÉS

• Aunque Zambia es considerada oficialmente una nación cristiana, más de una por cada 10 personas todavía siguen las religiones tradicionales, o no tienen ninguna religión.

• La Iglesia Adventista del Séptimo Día en Zambia tiene más adventistas per capita (uno por cada 20 personas) que cualquier otro país de la División de África del Sur y del Océano Índico.

• Chipo asiste a la escuela primaria adventista en la Misión de Rusangu, fundada por el misionero adventista W. H. Anderson.

Su hermana pregunta por qué

—¿Por qué sigues asistiendo a la iglesia cuando papá te castiga? —le preguntó su hermana.

—Dios me ama, y quiero ser su hija —le explicó la niña. El siguiente sábado la hermana de Chipo le dijo que quería ir a la iglesia con ella. Pero el padre se dio cuenta y fue a la iglesia a buscar a las muchachas. Las hizo volver la casa y las castigó. La hermana de Chipo tuvo miedo de asistir a la iglesia a menos que el padre estuviera fuera del pueblo. Pero Chipo, a pesar de todo, siguió asistiendo.

Su madre le preguntó por qué seguía asistiendo a la iglesia cuando sabía que su padre la castigaría.

—Me fascinan los cantos y las historias de la Biblia —contestó—. He aprendido que Jesús me ama, ¡y yo amo a Jesús! —agregó. La madre decidió acompañar a Chipo a la iglesia para ver por sí misma qué se le hacía tan especial.

Un cambio de parecer

Mamá escuchó el sermón del pastor, y sintió que había sido preparado especialmente para ella. Cuando el papá regresó a la casa, la mamá le contó lo que había escuchado. Le dijo que quería asistir a la iglesia otra vez y hasta lo invitó para que fuese con ella. Pero él se negó, sin embargo, permitió que la madre fuera con las niñas. Chipo comenzó a orar para que Dios le ayudara a su padre a sentir el deseo de acompañar a su familia a la iglesia.

Unas semanas después la mamá volvió a invitar a papá a la iglesia, y él decidió aceptar la invitación, aunque no se mostraba contento de ir.

—Estoy perdiendo mi tiempo en la iglesia —les dijo. Pero a la salida le pidió perdón a Chipo por haberla golpeado. Le dijo a la familia que seguiría yendo con ellos a la iglesia.

Unos meses después los padres de Chipo fueron bautizados. ¡Chipo estaba tan feliz! Ahora en vez de corretearla hasta la casa, camina con ella a la iglesia.

“Dios despertó en mí el deseo de ir a la iglesia, aun cuando papá me castigaba”, dice la niña. “También me ayudó a traer a toda mi familia a los pies de Jesús. Ahora oramos juntos en casa y en la iglesia. Estoy muy contenta”.

Chipo es una misionera. Cuando invitan a otros a adorar a Dios, ustedes también son misioneros. ¿Quién quisiera ser un misionero esta semana y traer a un invitado que aprenda acerca de Jesús?

Cuando traen sus ofrendas a la iglesia, ayudan a otros misioneros a compartir el amor de Dios en todo el mundo.

